



## Reflexiones sobre corrupción y ética política \*

Alejandro CERVANTES DELGADO

Deseo, en primer término, expresar mi más sentido agradecimiento a quienes con su asistencia a este evento se solidarizan con la decisión de la prestigiada agrupación acapulqueña “Amigos de Amigos”, de distinguirme con el premio “Amigo Lic. Miguel Alemán Valdés”, distinción establecida para honrar la memoria de ese gran visionario y promotor del turismo nacional, y que tanto hizo a favor de este bello puerto de Acapulco.

De manera especial extiendo mi agradecimiento a Rogelio de la O Almazán, presidente municipal de este puerto; Israel Noguera Otero, Ex-gobernador de Guerrero y a Reynaldo Manzanarez Sabino, Presidente del Grupo “Amigos de Amigos”.

Hago extensivo mi agradecimiento a sus respetables esposas, señora Estela Godínez de de la O, señora Leticia Pineda de Noguera y señora Amelia Radilla de Manzanarez.

Mi reconocimiento también a mi estimada amiga, senadora Guadalupe Gómez Maganda de Anaya; a mi amigo, diputado Netzahualcóyotl de la Vega y a su respetable esposa, Dolores de la Rosa de la Vega. También agradezco la estimulante presencia de

---

\* Discurso pronunciado por el Lic. Alejandro Cervantes Delgado al ser distinguido por la Asociación Civil “Amigos de Amigos” con el reconocimiento “Amigo Lic. Miguel Alemán Valdés”, el 2 de marzo de 1996, en Acapulco, Gro.

los paisanos y amigos del Distrito Federal y de varios lugares de nuestro estado.

A todos los miembros que integran la asociación civil que el día de hoy celebra sus treinta años de vida, mi felicitación solidaria por este fausto acontecimiento. Hago votos, asimismo, por una larga y fecunda permanencia de esta asociación en la vida de Acapulco, y porque sus acciones influyan, cada vez en mayor grado, en el logro de un mayor bienestar de la comunidad acapulqueña, y para que Acapulco continúe recuperando su prestigio como uno de los centros turísticos de mayor atracción para los visitantes nacionales y del exterior.

Así es de esperarse por la pluralidad en su membresía, por el cariño que profesan a su ciudad, y por el interés que tienen en la solución de los problemas, así como por el carácter fraterno y propositivo de su acción participativa.

Indudablemente que la participación y la colaboración ciudadana son uno de los medios más efectivos para ensanchar las vías democráticas, y para ayudar a superar los diferentes problemas de carácter colectivo. Así ha sido y así debe de continuar siendo, sobre todo cuando las condiciones económica y social se tornan particularmente adversas como es el caso de nuestro país en los momentos actuales.

En efecto, como todos sabemos porque prácticamente todo lo resentimos en mayor o menor grado, nuestra nación se enfrenta a una de las crisis económicas más graves de su historia contemporánea. A excepción de los primeros años de la tercera década del siglo que está por terminar, el descenso en las actividades productivas nunca había sido tan acentuado como sucedió en 1995. Ello explica el alto nivel que ha alcanzado la desocupación y la subocupación y el agudo deterioro de la planta productiva nacional.

Tales hechos agravados, o causados, por la penuria financiera y crediticia y por la agudización del fenómeno inflacionario, han redundado desfavorablemente en el poder adquisitivo de los mexicanos, y nos han conducido a una crisis social con características también sin precedente: pobreza extrema y un mayor número de pobres por la acentuada iniquidad en la distribución del ingreso, y un desequilibrio aún más contrastante y desigual en el desarrollo de las diferentes regiones del país. Ambos hechos están provocando que la supervivencia de los sectores más pobres de la población nacional tenga ahora caracteres verdaderamente dramáticos, que amenazan seriamente la estabilidad social y política, en la medida que se incrementa la inseguridad y la violencia.

Y si bien ya se comienza a notar ciertos signos alentadores para el inicio de la recuperación de nuestra economía, somos de la opinión que la grave condición económica y social exige la adopción de un nuevo modelo de desarrollo.

No es éste el lugar ni el momento de pronunciarse en detalle por la política económica más conveniente para el país. Basta solamente enfatizar que las experiencias y resultados del pasado y de los años recientes, vuelven imperativo instrumentar un nuevo sistema económico que sea capaz de conciliar la reanudación de nuestra capacidad de crecimiento económico, con el cumplimiento del amplio débito social a cargo del Estado Mexicano, y con los nuevos requerimientos que exige el entorno mundial de una economía cada vez más abierta y globalizada. Sostenemos una vez más, que la modernización no es irreconciliable con la justicia social.

En este sentido comparto la opinión de quienes afirman que es el Estado quien tiene la máxima responsabilidad y capacidad de asegurar la conciliación de lo económico con lo social, que en el caso nuestro equivale a ser realidad el ya añejo objetivo de jus-

ticia social distante, a pesar de los avances logrados en el propósito que ha alentado las luchas sociales del pueblo mexicano, especialmente del movimiento revolucionario de 1910.

Consideramos que las condiciones económicas, sociales y políticas de México, exigen un Estado vigoroso. Pero no una intervención estatal omnipresente, autoritaria, derrochadora y mucho menos paternalista, sino selectiva en las áreas estratégicas que cubre, democrática y honesta en sus procedimientos, eficiente en sus resultados, y capaz de estimular y apoyar la iniciativa empresarial y la capacidad creativa de la comunidad, dentro de un marco de libertad y democracia, consecuente con las normas éticas que exige la moral pública.

Y es en este punto, —el relativo a la moralidad en la acción pública y privada—, sobre el que quisiera hacer, si ustedes me lo permiten, algunas reflexiones; en la inteligencia que soy consciente del riesgo a que me expongo, pues no es difícil que, una vez más, se califique mi actitud de ingenuamente idealista y con escasa sensibilidad política .

Por lo contrario, sostengo que, en las condiciones actuales, el postulado moralizador es ya un acto esencialmente político, por lo que adquirirá cada vez mayor importancia y significación tanto en el discurso político como en los principios y acciones programáticas partidistas. Por ello me siento con la obligación de referirme a este tema, generalmente soslayado, aprovechando la presencia de tan distinguida y representativa concurrencia.

Personalmente me solidarizo con quienes opinan que la crisis que vivimos no es exclusivamente económica, social y política, sino también fundamentalmente de carácter moral.

Hemos llegado a un grado tal en el relajamiento de nuestra moral colectiva, que si no cobramos todos un mayor grado de

conciencia de ello, y si no actuamos todos en consecuencia para colaborar y avanzar en la superación de esta socialmente indeseable lacra, el futuro de nuestro país –del México que entregaremos a nuestros hijos y nietos–, será más incierto ... más difícil.

Así, es indiscutible que las medidas de orden económico tienen una alta prioridad en toda política de desarrollo; y por ello es de gran importancia la disponibilidad y el buen uso de los recursos naturales, financieros, tecnológicos, de dirección empresarial y de mano de obra, entre otros.

Sin embargo, la experiencia demuestra que un desarrollo estable y, sobre todo, más justo, exige también aquellos recursos de carácter no tangible que se expresan en actitudes de ánimo. En otros términos, la solución de nuestros problemas no sólo debe descansar en elementos y factores de carácter material, sino también en actitudes positivas de orden mental y ético. Por ello, opinamos que el desarrollo no sólo requiere el buen uso del conocimiento de la técnica y de la ciencia, sino también de una disposición individual y colectiva de sentimiento de conciencia.

Esta tesis tiene mayor validez en las circunstancias presentes que vivimos en México, por el grave trastocamiento que han resentido los valores morales que deben normar nuestra convivencia; situación que en gran medida obedece a los errores y omisiones de los programas educativos aplicados en las últimas décadas, que han soslayado o relegado a un segundo término la concientización de la niñez y la juventud mediante la validación de valores morales fundamentales. Sólo para citar cuatro de los más relevantes:

- *Nacionalismo y lealtad* a los intereses superiores de nuestra patria y de la comunidad en que vivimos;

- *Sentido de responsabilidad* en el desempeño de lo que se nos encomienda;
- *Solidaridad* con quienes convivimos, especialmente con los más marginados y desprotegidos;
- *Honestidad*, rectitud e integridad en todas nuestras acciones. Seguramente aquí en ésta reunión hay jóvenes profesionistas, de 25 a 30 años, que no tuvieron en su instrucción primaria y secundaria el número suficiente de horas de clase de Civismo y de Historia de México; error de las autoridades educativas de entonces que afortunadamente se ha corregido en los años recientes.

Por otra parte, y en relación a los sentimientos de solidaridad, puede asegurarse que un alto número de niños y jóvenes guerrerenses ignoran como viven los hijos de nuestros hermanos indígenas que no hemos sido capaces de procurarles medios de trabajo para que tengan una vida más digna.

Expresiones comunes en el lenguaje popular, como el “ahí se va”..., “me vale”..., “el que venga atrás que arree”..., “tonto porque no se llevó algo cuando estuvo en el gobierno”..., son muestras de esa subcultura de la corrupción en que está envuelta nuestra comunidad.

Claro está que no es sólo la formación educativa socialmente insuficiente y deficiente, la única causa del mal social que padecemos. Hay otros hechos estructurales que han contribuido a crear un clima propicio para la generalización en nuestra sociedad de actitudes y acciones al margen de la ética. Cito los que considero son más importantes:

El lento avance que históricamente hemos tenido en el perfeccionamiento de nuestra vida democrática, sobre todo para arribar a un auténtico federalismo, que limite las acciones y actitudes centralistas y autoritarias; que fortalezca el desarrollo más sano y

autónomo de los estados y municipios; y que estimule un mayor equilibrio entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, y que estos dos últimos poderes actúen con mayor dignidad y eficiencia. En México ya no puede ni debe continuar ese agudo centralismo que padecemos, sobre todo en el pasado reciente.

Asimismo, y no obstante los logros obtenidos en esta materia, las fallas en la administración y procuración de la justicia, sobre todo para acabar con la impunidad, y por otra parte, la complicación de los sistemas y mecanismos para el despacho de los servicios administrativos públicos.

Éstos son sólo algunos de los hechos que explican que la corrupción tenga en nuestro país una cobertura muy extensa y raíces profundas, y que su presencia esté prácticamente en todas las actividades de la vida nacional. Y es que sus causas y efectos se alimentan y retroalimentan entre todos los sectores, y no como indebidamente se pretende atribuir de manera exclusiva al gobierno y a sus instituciones. Se puede afirmar que prácticamente todos estamos expuestos a corromper y ser corrompidos.

Si hablamos con un sentido realista, debemos aceptar que las prácticas viciadas están presentes, en mayor o menor proporción, también en casi todos los organismos e instituciones de los sectores privado y social, sin que ello quiera decir que no haya un alto número de personas honestas y responsables en estos ámbitos. Yo en lo personal conozco a muchos empresarios y líderes obreros y campesinos honestos.

En relación al ámbito público y político, considero conveniente precisar lo siguiente. En un discurso reciente del poeta y escritor Octavio Paz, con gran acierto se refirió al imperativo de que predomine la moral en la vida pública de México, enfatizando que debe “**extenderse**” la ética a la política. Al respecto yo opino que más bien lo que se requiere es “**generalizar**” la rectitud y la

probidad en el ejercicio de la administración pública y de la actividad política, pues debemos reconocer que, así como sucede en el ámbito privado y social, son muchos los funcionarios públicos y políticos cuya conducta en el desempeño de sus responsabilidades se ha mantenido dentro de las normas éticas que exige la moral republicana.

Indudablemente que el combate a la corrupción es uno de los más grandes retos a que nos enfrentamos, y que su superación será ardua y difícil. Por ello la importancia de aplicar una estrategia adecuada.

Tal estrategia debe comenzar, en nuestra opinión, con el saneamiento moral de la administración pública y la política, pues quienes ejercemos la actividad pública somos los más obligados a responder con honestidad y eficiencia a la confianza de la ciudadanía.

En relación a este punto de vista, resulta alentador comprobar la disposición del presidente Ernesto Zedillo. Recordemos que en su discurso de toma de posesión hizo una de las recriminaciones más fuertes a la inmoralidad pública, comprometiéndose a combatirla sin escatimar esfuerzos. Tal decisión fue ratificada meses después como uno de los puntos más importantes en el Plan Nacional de Desarrollo de su gobierno.

Demandemos al presidente Ernesto Zedillo que se avance con mayor celeridad y efectividad en este trascendente objetivo; complejo y complicado es cierto, pero no imposible si apoyamos y ponemos todos algo de nuestra parte.

No permitamos, amigos y paisanos guerrerenses, que nuestra indiferencia nos conduzca a una actitud aparente de cinismo, como afirmara un ilustre expresidente de la República; ni tampoco que con nuestra pasividad hagamos el juego a intereses ajenos



a nuestra nación, cuyo propósito es debilitar y vulnerar aún más nuestra soberanía. Caso, por cierto, forma semejante al que estamos viviendo en estos momentos en nuestro estado, en que intereses ajenos a los guerrerenses intentan sobreponerse a la opinión que sobre su gobierno tiene la mayoría de la población guerrerense.

Apoyemos, pues, a nuestro Presidente para hacer frente a este reto histórico. La fortaleza y nobleza del pueblo mexicano, como se ha demostrado en otras ocasiones, deben alentarnos para que el México que emerja de la superación de esta crisis sea un México diferente. Un México con mayor vigor en su desarrollo, pero en el que se reduzcan la marginalidad y los espacios de injusticia que padecen amplios sectores de nuestra población.

Amigos y paisanos, miembros de la asociación civil “Amigos de Amigos”; La honrosa distinción que me hacen con la entrega del “Premio Amigo Licenciado Miguel Alemán Valdés”, representa para mí un gran estímulo; pero también, no obstante tener yo más pasado político que futuro, un acicate en mi perspectiva personal.

Por ello estimo propicia la ocasión para reiterar aquí el siguiente compromiso personal:

- Inconforme como he estado siempre con la sociedad injusta en que vivimos, proseguir en la lucha por alcanzar una nueva sociedad más democrática y justa en lo político, lo económico y lo social, y por un México más próspero y con plena soberanía, por ahora altamente vulnerada;
- Insistir, como parte de la conciencia crítica de mi partido político, en una reforma a fondo de su estructura, a fin de hacerlo más democrático en lo interno, y más congruente con la esencia de su

origen y con los reclamos de las clases populares que le han dado sustento;

- Contribuir a la moralización de nuestra sociedad, y a la dignificación de la noble actividad de la política, especialmente entre las nuevas generaciones;
- Intensificar mi solidaridad con los intereses y anhelos de los mexicanos del medio rural los campesinos; y en general de todos los trabajadores y de las grandes mayorías de nuestra población.

¡He querido hacer este compromiso ante la alta calidad del testimonio de todos ustedes!

Muchas gracias.